

suelo, y con la que degüella a uno de los pretendientes. (Cf. *Odisea*, XX; 327 y ss.). Borges recordaba bien, aunque, acostumbrado tal vez a los textos anglosajones o germánicos, haya preferido el hierro al bronce. Su glosa del último motivo de reconocimiento es atractiva: la astuta Penélope no dejó de reconocer, en sus ojos y en el amor, a su heroico esposo, pero quiso certificar su adhesión con el antiguo secreto: Ulises no sólo era el viajero, el héroe, también había sido el hábil constructor del inmóvil lecho, todo un símbolo.

Este escolio tiene un peculiar sabor borgiano. Borges, lector imaginativo, se permite comentar sus textos. En este tipo de comentarios, quizá podamos rastrear un precedente en algunos de Kafka, al que Borges tradujo muchos años antes.

Pero me gustaría anotar que Borges relata en otro lugar la mejor urdida historia sobre el final de Ulises. Que no está en Homero, sólo en la *Divina Comedia*. Dante y Virgilio, en su visita a los Infiernos, encuentran allí a Ulises, y éste les cuenta cómo dejó a Penélope en Itaca y se embarcó de nuevo, atravesó el mar conocido y, más allá de las Columnas de Hércules, penetró en el océano desconocido, llevado por su inquietud y afán de saber y explorar. Y allí, junto con sus compañeros de navío, fue tragado por las aguas.

En *Siete noches*, en la primera que dedica a *La Divina Comedia*, Borges se demora en glosar la figura de ese Ulises dantesco (*op. cit.*, págs. 28-31). Los comentarios de Borges son muy atractivos. Recuerda, por ejemplo, que Melville, al hundir a Ahab con *Moby Dick* debió de acordarse de la escena de Dante, y comenta que, al inventar esa muerte de Ulises, como castigo de su audacia, Dante, de algún modo, se identificaba con el héroe griego.

«Por eso el personaje de Ulises tiene la fuerza que tiene, porque Ulises es un espejo de Dante, porque Dante sintió que acaso él merecía ese castigo. Es verdad que él había escrito el poema, pero por sí o por no estaba infringiendo las misteriosas leyes de la noche, de Dios, de la Divinidad».

Ulises es, por otro lado, el modelo de Sindbad el Marino, como recuerda Borges, tanto en *Siete noches*, como en dos versos de *Historia de la noche* (págs. 70, 516 y 519 de las ediciones citadas).

No es extraño que Borges considerara espléndida esa estampa de la *Divina Comedia* en que se encontraban sus tres figuras predilectas: Virgilio, Dante y Ulises, amigos en el Más Allá.

Aunque *La rosa profunda* se publicó en 1975, con un prólogo fechado en Buenos Aires, muchos de sus poemas fueron escritos lejos, en Estados Unidos, y transmiten una fuerte nostalgia. Ese es el caso de «El desterrado», cuyo protagonista es Ulises, pero también un Borges que, como el griego, añora su patria.

Alguien recorre los senderos de Itaca
Y no se acuerda de su rey, que fue a Troya
Hace ya tantos años;
Alguien piensa en las tierras heredadas

Y en el arado nuevo y en el hijo
 Y es acaso feliz.
 En el confín del orbe yo, Ulises
 Descendí a la Casa de Hades
 Y vi la sombra del tebano Tiresias
 Que desligó el amor de las serpientes,
 Y la sombra de Heracles
 Que mata sombras de leones en la pradera
 Y asimismo está en el Olimpo.
 Alguien anda por Bolívar y Chile

y puede ser feliz o no serlo.
 Quién me diera ser él.

Una última referencia a la *Odisea* está en el poema «La nube» de *Los conjurados*. A más de cincuenta años de distancia de «Las versiones homéricas» el viejo poeta celebra de nuevo, en breves sentencias, la enorme variedad de la epopeya de Ulises.

No habrá una sola cosa que no sea
 una nube. Lo son las catedrales
 de vasta piedra y bíblicos cristales
 que el tiempo allanará. Lo es la *Odisea*
 que cambia como el mar. Algo hay distinto
 cada vez que la abrimos...

Qué reiterativo es Borges en sus alusiones poéticas. El lector ya presiente que, tras ese «distinto» la rima traerá una mención del laberinto, y entre éste y el mar queda el espejo que refleja a otro. «El día es un dudoso laberinto», como un laberinto odiseico es el mar, según decía en otros versos. La *Odisea* la compara aquí a una nube, porque es versátil y sorprendente.

«Algo hay distinto/ cada vez que la abrimos...». ¿Cuántas veces, desde su niñez en la biblioteca familiar en Buenos Aires, habrá abierto el poeta la *Odisea*? ¿Cuántas veces el fantasma de Ulises ha pasado por su imaginación camino de los versos? ¿Cuántas figuras han salido de ese libro, que es como una nube, pero también como una extraña catedral con vidrieras de colores, para ser recordadas en sus palabras y sus nostalgias? Porque, además de Ulises, otras figuras, como Proteo y Tiresias, más de una vez citados en sus poemas de la vejez, proceden de ella.

Por otra parte, si «es verosímil conjeturar que desde Homero todas las metáforas íntimas, necesarias, fueron ya advertidas y escritas» —como dice en «La metáfora», en *Historia de la eternidad*— y la literatura es «la diversa entonación de unas cuantas metáforas», no ocurrirá algo parecido con las figuras heroicas —y así Ulises es Sindbad y Borges es Homero y Heráclito—. Homero tuvo el privilegio de estar al comienzo de esa tradición inagotable en sus reiteraciones variadas. La literatura es una reinterpretación y rememoración de unos cuantos temas, figuras y mitos. Pero del repertorio cada escritor elige los que más le convienen, aquellos que quiere entonar de modo personal.

En «Los cuatro ciclos» (en *El oro de los tigres*) Borges afirma que también los argumentos esenciales, como las metáforas según otro ensayo suyo, son una serie muy

breve y limitada: no son más que cuatro. Sobre esos esquemas narrativos básicos se configuran luego, como variantes, numerosas tramas. Dice así:

Cuatro son las historias. Una, la más antigua, es la de una fuerte ciudad que cercan y defienden hombres valientes. Los defensores saben que la ciudad será entregada al hierro y al fuego y que su batalla es inútil; el más famoso de los agresores, Aquiles, sabe que su destino es morir antes de la victoria...

Otra, que se vincula a la primera, es la de un regreso. El de Ulises, que, al cabo de diez años de errar por mares peligrosos y de demorarse en islas de encantamiento, vuelve a su Itaca...

La tercera es la de una busca... Jasón y el Vellocino...

La última historia es la del sacrificio de un dios. Attis, en Frigia, se mutila y se mata; Odín, sacrificado a Odín, el mismo a sí mismo, pende del árbol nueve noches enteras y es herido de lanza; Cristo es crucificado por los romanos.

Cuatro son las historias. Durante el tiempo que nos queda seguiremos narrándolas, transformadas.

He abreviado el ya breve ensayo, reduciéndolo a los trazos esenciales. Lo que importa ahora subrayar es que todas estas historias tienen su prototipo helénico. Tan sólo en la cuarta la superioridad de los ejemplos de otras culturas podría resaltarse. Attis no es un dios clásico, sino una importación helenística. (Buen conocedor de los comentarios de Sir James Frazer sobre «el dios que muere y renace», Borges cita a Attis al lado de Odín y de Cristo). De las dos primeras historias el gran cantor, el modelo, es Homero indudablemente. (Aunque Borges sugiere que «no habrá sido el primer poeta que refirió la fábula...»).

Heráclito y el río

Hay en la *Obra poética* de Borges dos poemas titulados «Heráclito» el primero está en *Elogio de la sombra* y el otro en *La moneda de hierro*. (A más de quince años de distancia, por lo tanto)¹⁴.

Del primero recordaré sólo los últimos versos:

... ¿Qué río es éste
que arrastra mitologías y espadas?
Es inútil que duerma.
Corre en el sueño, en el desierto, en un sótano.
El río me arrebató y soy ese río.
De una materia deleznable fui hecho, de misterioso tiempo.
Acaso el manantial está en mí.
Acaso de mi sombra
surgen, fatales e ilusorios, los días.

El último merecería ser citado por entero, desde su comienzo «Heráclito camina por la tarde...». Es muy interesante la imagen del filósofo en Efeso, recordando su sentencia junto al río, y luego la mención del fragmento, tal como lo editó en las prensas de Oxford J. Burnet, y la evocación de un Jano fantasmal y anacrónico en

¹⁴ En J.L. Borges, *Obra poética 1923-1977*, publicada en Alianza editorial, Madrid, 1990, están en págs. 321, 502 y 503 respectivamente.

la margen del río. Doy sólo los últimos versos, invitando a la lectura completa de este raro poema:

*Nadie baja dos veces a las aguas
Del mismo río. Se detiene. Siente
Con el asombro de un horror sagrado
Que el también es un río y una fuga.
Quiere recuperar esa mañana
Y su noche y la vispera. No puede.
Repite la sentencia. La ve impresa
En futuros y claros caracteres
En una de las páginas de Burnet.
Heráclito no sabe griego. Jano,
Dios de las puertas, es un dios latino.
Heráclito no tiene ayer ni ahora.
Es un mero artificio que ha soñado
Un hombre gris a orillas del Red Cedar,
Un hombre que entreteje endecasílabos
Para no pensar tanto en Buenos Aires
Y en los rostros queridos. Uno falta.*

Fechado en East Lansing, en 1976, el poema expresa la nostalgia de Borges. Este Heráclito, «que no sabe griego», y que pasea junto a un río con álamos y ha visto una estatua de Jano (menciones de Jano se repiten en esos libros últimos de Borges) es el mismo autor de la poesía. (Que, ya mucho antes, en su destino de ciego y poeta se había sentido un avatar de Homero, y ahora, en su exilio y cabe el río, se percibe como el Heráclito que «no tiene ayer ni ahora»).

Piensa también que otros escritores han sentido esa misma sensación de verse arrastrados en el río. De Hilario Ascasubi nos dice que «Por el río del tiempo fue Proteo» (pág. 320) y de Olaus Magnus que su obra quedó en un hermoso libro, en «su docto latín».

*Oh no leído y presentido libro,
Tu hermosa condición de cosa eterna
Entró una tarde en las perpetuas aguas
De Heráclito, que siguen arrastrándome. (op. cit., pág. 495).*

En contraste con el dolorido fluir del poeta y del lector, el libro tiene, como la frase misma de Heráclito en el texto de Burnet, una curiosa permanencia.

Las dos últimas referencias a Heráclito en la obra de Borges están en *Los conjurados*, y me parecen muy significativas. En la evocación de «Abramowicz», se menciona a Heráclito entre las sombras familiares:

... Contigo estaban las muchedumbres de las sombras que bebieron en la fosa ante Ulises y también Ulises y también todos los que fueron o imaginaron que fueron. Todos estaban allí, y también mis padres, y también Heráclito y Yorick. Cómo puede morir una mujer o un hombre o un niño, que han sido tantas primaveras y tantas hojas, tantos libros y tantos pájaros y tantas mañanas y noches.

Algo antes, en el mismo libro, en «Son los ríos», un espléndido soneto, encontramos al mismo Heráclito y su río, de nuevo recordado frente al morir, como en el clásico